

MANOLO MONEREO ENTREVISTADO
POR HÉCTOR JUANATEY

(DES)UNIDOS

PATOLOGÍA O VIRTUD
DE LA IZQUIERDA

Icaria ❀ Más Madera

ÍNDICE

Prólogo, *Pablo Iglesias* 7

Introducción 11

Agradecimientos 15

I. Inicios y transición 17

II. PCPE y Anguita 27

III. Izquierda Unida después de Anguita 39

IV. América Latina 45

V. Izquierda Unida y Podemos 57

VI. Europa 69

VII. Unidad popular 77

Manolo y Monereo, *Lara Hernández* 99

PRÓLOGO

Pablo Iglesias

Conocí a Manolo Monereo antes de que él me conociera a mí. Yo militaba en las Juventudes Comunistas y Manolo era el formador más capacitado del Partido. Le recuerdo en una escuela de cuadros en Coslada, en el verano de 2000, poco antes de que yo dejara la militancia en la Juventudes para continuarla en el Movimiento de Resistencia Global. Pero aquel verano yo seguía siendo un komsomol indignadísimo con el acuerdo al que habían llegado Paco Frutos y Joaquín Almunia, que tan magros resultados electorales había producido para Izquierda Unida. Y el caso es que Frutos vino a intervenir a la escuela. Recuerdo a Frutos con camisa azul, sentado junto a Manolo. No recuerdo de qué nos habló, pero allí estábamos los jóvenes comunistas (entre ellos Rafa Mayoral, Yolanda Díaz y el historiador Juan Andrade) afilando pacientemente nuestros cuchillos a la espera de que la disertación del secretario general concluyera y pudiésemos, aprovechando el turno de preguntas, lanzarnos a su cuello de traidor por haber pactado con el PSOE. Terminaba de hablar Frutos y ya estábamos algunos levantando la mano para pedir la palabra cuando Manolo se pone de pie, levanta el puño y comienza a cantar, él solito, *La Internacional*. Y claro, no nos quedó más remedio que acompañarle (el sonido de *La Internacional* activaba

en nosotros un resorte automático) perplejos ante el gol que nos acababa de meter. Y así se esfumó nuestro sueño bolchevique de ajustar cuentas con el secretario general. Manolo: vaya pedazo de cabrón, pensé yo entonces. Y con los años me di cuenta de que aquella iniciativa astuta de Manolo era un gesto de fidelidad, con el que trataba de proteger la dignidad de su secretario general. Por muy en desacuerdo que estuviera Manolo con su estrategia de acuerdo con el PSOE, tampoco era plan entregarle a una jauría de lobeznos deseosos de sangre reformista.

Años después Manolo y yo nos conocimos en serio, militando en el CEPS. Yo preparaba mi tesis doctoral y Manolo se convirtió en una fuente inagotable de conocimiento. Con Manolo visité las mejores librerías de Roma, empezando por Rinascita, la vieja librería del PCI junto a Botteghe Oscure, y leí la edición crítica de los *Quaderni del carcere* de Valentino Gerratana. Su casa y su biblioteca fueron para mí una universidad más fructífera que muchos de los centros internacionales en los que estudié. En aquella casa, entre vinos y excursiones a la biblioteca (un cuarto anegado de libros en el que casi no hay espacio para dos personas), Manolo me habló de Ortega, de la importancia de recuperar la idea de España para la izquierda, de Mariátegui, de Haushofer y de la geopolítica alemana, de Bujarin, de Pietro Ingrao, de Sacristán... En esa casa hablamos de lo nacional-popular para entender América Latina y de América Latina para entender los momentos de excepcionalidad en el sur de Europa, hablamos de imperio e imperialismo, de la idea de patria, del frentepopulismo, de Zilugay y de HASI, del PSUC, del andalucismo...

Esos años de lecturas, de conversaciones, de artículos y seminarios, de debates en La Tuerka y Fort Apache, hicieron de Manolo uno de mis padres intelectuales más importantes. Sin que él lo pretendiera, se convirtió en uno de los precursores de Podemos. Manolo nos enseñó que, en los momentos de excep-

cionalidad, la audacia política significa construir un liderazgo que se dirija al pueblo y le señale a sus enemigos. No hay mejor síntesis de la hipótesis Podemos.

Manolo cuenta en esta entrevista, hábilmente conducida por Héctor Juanatey, que aparecer señalado como un precursor de Podemos le produjo no pocas enemistades y odios en la organización a la que ha dedicado buena parte de su vida. Mentos estrechas las de aquellos a los que ofenden las «autorías intelectuales»; en Manolo siempre tuvieron un gigante fiel, pero prefirieron confiar en los enanos. Manolo inspiró Podemos, sí, pero la víspera de nuestra presentación en el teatro del barrio yo estaba en casa de Manolo. Él volvió a ser fiel a su partido y fue claro en su posición. Me dijo que jamás su organización asumiría ninguna convergencia con nosotros; en política la convergencia y sus formas están determinadas por relaciones de fuerza. Si en las europeas demostráis fuerza —me dijo—, quizá entonces podáis hablar con mi organización de igual a igual. Lo que ocurrió después es historia política de España.

Manolo me enseñó a pensar políticamente, a entender a Maquiavelo y a Lenin para poder entender a Gramsci, y hoy Manolo sigue siendo una de las mentes políticas más lúcidas del pensamiento transformador de nuestro país, como demuestra en esta entrevista.

Hoy Manolo, que ha entendido mejor que nadie que la unidad popular no tiene nada que ver con la unidad de la izquierda ni con que Podemos renuncie a sus siglas, nos hace la crítica más inteligente y más certera: Podemos no está siendo suficientemente «populista». El mayor error que podríamos cometer es, efectivamente, abandonar el terreno que es nuestra condición de posibilidad y la base de la ruptura del tablero político español; el de la representación de las clases populares y la denuncia de los abusos de las élites. Podemos no puede ser un partido más y Ma-

nolo lo sabe. Podemos no puede ser un simplemente un partido de izquierdas aunque la gente de izquierdas vote a Podemos, ni puede ser el partido de la moderación aunque Podemos apueste por la sensatez y asuma los márgenes estrechos de hacer política transformadora en un país del sur de Europa. Podemos debe ser una fuerza política popular, la fuerza política de los de abajo y Manolo lo sabe. Podemos es el resultado de una situación excepcional: una crisis orgánica enmarcada en una crisis económica y de la Unión Europea y, por ello, frente a los que quieren blindar la política con pactos por arriba, Podemos debe apoyarse en los excluidos de los pactos por arriba: la gente. Manolo lo sabe y nos lo dice con lucidez.

Manolo querría hoy que le dejara ser abuelo y dedicarse a la formación, pero va listo. Araceli, su compañera, después de que fuera detenido y torturado no le preguntó «¿cómo estás Manolo?» sino «¿has hablado?». En mí tampoco encontrará benevolencia. Así que, pedazo de cabrón, maestro, cuento contigo.

INTRODUCCIÓN

El pasado mes de julio, durante los cursos de verano de El Escorial, tuve la suerte de poder compartir cena con Xosé Manuel Beiras, Boaventura dos Santos, Juan Carlos Monedero y Lara Hernández. De aquella cena, además, por supuesto, de la conversación hasta entrada la madrugada, recuerdo una cosa que dijo al principio de la cena Monedero. Estábamos charlando acerca del vino que habían servido en la mesa, y él, con la botella en la mano, recordó: «Ninguna botella de vino podrá estar tan buena como la que nos trajo ayer Manolo Monereo.»

Como también recuerdan Pablo Iglesias y Lara Hernández en prólogo y epílogo, Manolo Monereo, más allá de sus opiniones políticas, tiene algo muy claro: ninguna conversación puede mantenerse sin un buen vino delante. «Otra cosa no, pero ya sabrás que en mi casa nunca falta vino del bueno», me dijo Manolo una de las primeras veces que visité su casa y la de Araceli, su compañera. Así pasó también durante el transcurso de esta entrevista. El entrevistador no solo salió de la vivienda con más conocimientos acerca de la Transición, América Latina, el populismo, la historia de Izquierda Unida, el PCE... Lo hizo también como aprendiz de catador de grandes vinos. Fue José Luis Borges quien escribió: «Vino, enséñame el arte de ver mi propia historia / como si esta

fuera ya ceniza en la memoria.» También Mariano Rajoy lanzó en su día un «¡viva el vino!», pero esa es otra historia.

Conocí a Manolo Monereo hará algo más de un año, a través de amigos en común. Nunca he sabido qué fue lo que marcó el inicio de nuestras conversaciones, pero desde aquel momento siempre lo tuve en cuenta a la hora de conocer mejor el contexto político actual.

Empecé en esto del periodismo en un momento en que la mayor parte de los medios de comunicación empezaron a deshacerse, sí, a deshacerse, de los y las maestros y maestras de redacción, esas personas que gracias a sus años de experiencia eran fuente inagotable de aprendizaje del oficio. Con los años me he visto vinculado de manera más directa con el mundo de la política y pude comprobar que también ahí, en cierto modo, se dejó de prestar tanta atención a quienes nos habían traído hasta aquí con su lucha y su militancia no solo política, también de vida. A muchas de estas personas las conocí estos años en Madrid. Pienso, por ejemplo, en nombres como Manolo Monereo o Ramón Luque.

A raíz de las largas conversaciones con Manolo, a quien siempre le agradeceré que me abriera las puertas de su casa, comencé a valorar la idea de hacerle una entrevista en profundidad en la que tratar cronológicamente toda su militancia, desde la clandestinidad hasta hoy día. La memoria es importante, y en estos años en los que por fin vemos la ventana abierta a la toma de las instituciones, considero imprescindible recordar la militancia de las personas que, sin saberlo o no, nos han enseñado tanto. Sin ellas, sin ellos, no seríamos lo que somos ni probablemente habríamos llegado tan lejos.

Manolo Monereo vivió los años de la clandestinidad, en los que uno no podía decirse libremente comunista, y aun así nunca cedió en su empeño por mejorar su patria, sí, su patria. Fue

detenido, torturado en comisaría, encarcelado, y cada vez que regresaba a la calle continuaba con su labor política. Vivió los años de la Transición, las decisiones de Santiago Carrillo; su partido, el Partido Comunista de España, al que en el fondo nunca podrá abandonar, lo despreció; participó en la construcción de Izquierda Unida, caminó junto a Julio Anguita en los años en los que este quiso que la coalición dejara de ser muleta del PSOE para ganar por la izquierda; asistió en primera persona al ideario y construcción de Podemos... Manolo Monereo perdió no una, sino muchas batallas, pero siempre volvió a levantarse.

Es posible pensar que Manolo Monereo siempre ha sido un idealista, que siempre apostó por aquello que finalmente no ganaba y, sin embargo, el tiempo parece ahora darle la razón.

Estamos cada vez más cerca, Manolo.

Madrid, agosto de 2015

